

y la forma de sus conceptos; desproporción lógica también, por cuanto nace de la gran distancia y diferencia que la religiosidad de los Orientales establece entre la naturaleza humana y la divina, entre el hombre y su Creador.....

No sucede así en Grecia.—En Grecia, la idea divina se humaniza, ó, por mejor decir, se humana: los dioses y los hombres sólo difieren en grado: ya no los separa ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidiós; el semidiós nació de un dios: los Dioses son unos antepasados remotos de los Griegos.—El infinito insondable de la Divinidad oriental ha quedado oculto tras las pavorosas tinieblas del Hado, que cobijan por igual á dioses y hombres, y en las cuales únicamente se atreverá á penetrar alguna vez, bien que lleno de sublime horror, el más augusto vate de la antigüedad pagana, el padre de los Trágicos, el inmortal Esquilo.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Transportado en alas de su genio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta los Héroes, mezclando la tradición con la fábula y la Religión con la Historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en germen en *La Iliada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con

sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, el cantor de Tirios y Troyanos presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, del cual se excluye él con respetuosa humildad, dejando hablar á la Musa. Nada, pues, más revelador, más docente, más edificante en aquellos días, que estas descomunales epopeyas, donde el valor guerrero, la fuerza y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral, y donde la misericordia, con la faz bañada en lágrimas, es uno de los aspectos del heroísmo.

Algunos siglos después aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie (sobre todo Tirteo, que tan amable y apetecible supo hacer la muerte por la patria), y uno y otro, con sus odas é himnos nacionales, aplican los sentimientos homéricos á la política y á la guerra. Ellos, y los trágicos Sófocles y Eurípides (menos grandiosos é inspirados, pero más filosóficos y terrestres que el viejo Esquilo), trajeron, reflexivamente ya, y á sabiendas, las ideas *morales* al campo de la poesía, como elementos inseparables de la Belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la Religión, la Patria, la Familia. Es decir, que aquellos grandes maestros de la Forma, los patriarcas del clasicismo, lejos de

rendir al Arte la idolátrica adoración que suponen los modernos paganos, lo consideraban como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del orden moral. Si alguien lo duda, recuerde las tragedias de los tres colosos mencionados, ó las comedias del acerbo Aristófanes, terror del corrompido *Demos* ateniense, y verá en todas ellas exaltada la virtud, befado el vicio, odioso el pecado, solvente al pecador (ya en los días de su vida, ya en su descendencia), y, dominando sobre todos los esplendores mundanales, el poder eterno del Destino.

Pero ya me parece estar oyendo el argumento-Aquiles de los partidarios de *el Arte por el Arte*.—«¿Y las Venus griegas? (exclamarán enfáticamente): ¿No son bellas también? ¿No son artísticas? ¿No lo proclama así todo el orbe? ¿No están expuestas hoy mismo á la admiración pública en los Museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el del Vaticano? Y ¿qué mérito *moral* podrá atribuirse á tales portentos de *belleza*? ¿Qué sentido filosófico? ¿Qué tendencia civilizadora? ¿Qué fin plausible, ó tan siquiera honesto y decente?»—«¡Ninguno!» concluirán los fanáticos de la forma, tratando de hacernos creer que las Venus labradas por el cincel griego son la apoteosis de la perfección puramente física, la Belleza divorciada de la Bondad, el impudor en triunfo, la desnudez divinizando el pecado,

una reproducción constante de la célebre defensa de Frine, la derrota, en fin, de la Moral ante el poder de la Hermosura!....

Séame lícito replicar con algún detenimiento á esta objeción, tan formidable en apariencia.

Ya lo dije hace poco: para los Griegos, la perfección humana llegaba siempre á confundirse con la realidad divina: lo terreno y lo olímpico (ó sea lo temporal y lo eterno, que diríamos hoy) sumábanse en su imaginación como cantidades homogéneas, y de aquí el carácter esencial de sus armónicas Artes, basadas en un perpetuo equilibrio entre la inteligencia y la fuerza, entre el espíritu y la materia, entre la idea y la forma. La Belleza era allí, por tanto, distintivo de Santidad, y Venus, arquetipo de la hermosura femenina, y como tal, madre del Amor, figuraba en aquella religión politeísta entre las Deidades Mayores; no ciertamente en cuanto beldad individual presentada á la concupiscencia de los sentidos, sino en cuanto beldad simbólica y místico dechado de providenciales gracias; como número propicio á las eternas leyes que son fuente de la vida; como la Flora, como la Pomona, como la Amaltea del linaje humano.

Así lo ha comprendido la austera civilización emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas, dado el criterio de la gentilidad, esas des-

nudeces de ideales abstractos que luego reprodujo el pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva. Pero, no lo dudéis: tan pronto como tales figuras trocaren su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significación sagrada, la inverecundia del modelo se reflejaría en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascendería á la estatua, sublevaríase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habría que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *Museos secretos*, como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia cuando se ponen en abierta pugna con los fundamentos sociales.

¿Ni qué mayor demostración de mi aserto que este otro hecho elocuentísimo? Cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra veneración. Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó escrúpulos terrestres, rebajaría la dignidad y ofendería el decoro de la belleza olímpica. *La Venus de Medicis* está reputada como la más púdica, inmaterial y candorosa creación del Arte helénico, por lo mismo que su desnudez es absoluta: ¡nadie ve en ella á la

mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inicua absolución de Frine; no representan el triunfo de la hermosura sobre la moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devoción mística el amor terreno; simbolizan la unión hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores: traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que si un tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensación, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tebas.

Nada más diré acerca de los griegos, considerados dentro de su patria..... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su savia divina, y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiración del alma.....—Huyamos también nosotros de este pueblo moribundo, y trasladémonos á Roma.

Los romanos tenían dioses de igual naturaleza que los griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio habían colocado casi á la altura de la santidad de aquellos númenes la santidad de la patria, la santidad de la familia, la santi-

dad del hogar, la veneración de los antepasados, la religión de la justicia y del derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada orden y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los romanos un carácter más práctico y menos contemplativo que el de los griegos, requería una *finalidad* más declarada en el Arte, como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres, y aun la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesía.—Por otro lado, si la ciencia pura extinguió muy luego en el Lacio la fe religiosa, como ya la había extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde esa fe dimanaba y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, mientras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo en idéntica contradicción, buscó en las disputas de los décaídos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entonces las escuelas morales pre-

dominantes allende el Adriático: la estoica y la epicúrea.

Predicaban los Estoicos una virtud austera y desdeñosa, sin origen ni esperanza, un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso, grande en su desolación por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificación de esta filosofía, no sólo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las Letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y querían hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan inflexible degeneró en un sensualismo refinado, y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y también más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reveló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará,

pués, su famoso y malhadado poema (*De rerum natura*) de mero alarde retórico ó de lubricación indiferente á la Ética! A mayor abundamiento, en el fondo de esta obra impía se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la Moral, y hasta cuando, partiendo del error, el mísero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afán de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con *el Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cénicas, salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero, ya lo indicamos en sazón oportuna, semejantes obras pertenecen al orden de los pecados: la delectación que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente; y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldría á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio..... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplau-

so colectivo, la sanción de la humanidad, la gloria pública, luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siempre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin consideración alguna á la pretendida independencia del Arte y de la Moral. Entonces el infeliz expatriado renegó también de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegías de *Los Tristes* y *De Ponto*, y alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia.—¡Otorguémosela!

Horacio, por más que también fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estoicos la Virtud, y, tan elevado concepto tuvo del Arte, que, sólo á impulsos de él y como caso de buen gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Catón de la forma* y *el Epicuro de la honradex*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*Omne tullit punctum qui miscuit utile dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas y fué el poeta menos popular y más aristocrático de su tiempo. «*Satis est equitem mihi plaudere!*» dice él mismo con arrogante desenfado.—Nada añadiré

acerca del clásico por antonomasia: hable por mí su *Arte poética*, de todos conocida, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

Virgilio representa otro aspecto histórico de aquella época (que, como veis, no estoy examinando cronológicamente, sino en su gradación filosófica). La dislocación política, inseparable siempre de la dislocación moral, había hecho pedazos el mundo helénico, ó helenizado y desorganizado la República romana. Con todo, á falta de otros elementos, el pueblo latino conservaba fuerzas sociales, anónimas y subterráneas sin duda, pero bastantes para sostener una tiranía digna de su grandeza. El mundo entero pesaba sobre Roma, y Augusto, sintiendo la necesidad de afirmar las bases del naciente Imperio, produjo una súbita reacción religiosa, artificial entre los patricios y los artistas, pero real y efectiva entre la plebe.— Un poeta provinciano, á cuya casa habían llegado los horrores de las guerras civiles y no los placeres de las últimas orgías republicanas, una especie de Trajano de la Poesía, fué el cantor natural de aquella Restauración. Virgilio ensalzó la Paz, el Trabajo y la Patria, presentando esta patria sobre el fondo de oro de la Religión. La Paz, sí, la dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*: es el Trabajo el pródigo numen de

*Las Geórgicas*, y la Patria y la Religión son las nobles inspiradoras de *La Eneida*. Canta el poeta mantuano, no al colérico Aquiles, sino al piadoso Eneas, personaje religioso que peregrina con sus dioses buscando un abrigo donde restaurar la perdida patria; y hé aquí por qué este héroe, extraño al mundo gentil, da á los versos de aquel poema un sabor tan grato á la Cristiandad como en su esfera respectiva lo fué el carácter de Trajano.

Dibujada así la figura de Virgilio á la luz de su propia gloria, demostrado queda también que su testimonio habla en favor de mi digna causa. Sigo, pues, adelante con renovado aliento, como quien ve próxima la feliz terminación de su viaje; que ya clarea, tras la noche del muerto paganismo, la aurora de la Religión Cristiana, y pronto sus vivos resplandores alumbrarán el gran triunfo del alma sobre el cuerpo y de la Moral sobre la idolatría.

La decadencia del mundo clásico era irremediable. Ni la tentativa de Augusto ni otras que se siguieron bastaron á vigorizar la antigua fe, escarnecida y desautorizada en la Ciencia, en el Arte y en las costumbres. La interesada hipocresía y la grave razón de Estado, que mantenían como galvanizado á Júpiter en los solitarios templos, cuando ya había fallecido en las conciencias, no engañaban realmente á nadie, ni tan siquiera á la

sencilla plebe, y pronto vióse que todos los espíritus sinceros comenzaban á abrazar la Religión del porvenir, el Cristianismo.— Poderoso auxiliar de esta crisis suprema había sido Luciano de Samosata, griego ingerto en latino, cuya impía y sarcástica voz tanto daño hizo á los teólogos y filósofos gentiles, acusándolos de hipócritas y falsarios y predicando la virtud por la virtud, tal como aquel pagano la entendía; pero ni de él, ni del heroico y sublime Juvenal, que también había fustigado valerosamente con sus inmortales versos á la corrompida Roma, ni de Marcial, Plauto y Terencio y otros censores de las públicas costumbres necesito hacer detenida mención; pues á nadie se oculta que la sátira, en todos sus aspectos, lo mismo en la comedia que en el libro, lo mismo en el pasquín anónimo que en la canción popular, es y no puede menos de ser moralizadora antes que artística, como que tiene por musa el bien y por objeto de sus iras el vicio.

¡Respiremos, señores! Hemos llegado á los tiempos cristianos: es decir, hemos llegado á nuestros días, con lo que mi tarea puede darse por casi terminada. De aquí en adelante todos depondrán claramente en mi favor, y mi único trabajo será elegir entre el sinnúmero de testigos.....—En efecto: ¿quién negará que toda la civilización hija de la Cruz ha sido en esen-

cia el reinado del espíritu sobre la forma? ¿Qué pudiera yo añadir en este punto á lo que sabe el más ignorante, á lo que palpita en su corazón, á lo que brilla en el santuario de su alma? Y si de tal modo ha pensado y sentido la universalidad de los cristianos, ¿qué no habrán expresado en sus obras los poetas y los artistas?

Diez lentos siglos, los diez siglos de la Edad Media, pasan ante nuestra imaginación como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesús.....—«¡Hierro y tinieblas por doquier!.....» Es cierto: hierro y tinieblas cubrían la haz de la transfigurada Europa..... Pero en las entrañas de aquellas tinieblas residía lo infinito. ¡Y qué relámpagos tan deslumbradores salen de aquel caos!.....—Prescindo de la predicación de la ley de Gracia: prescindo (aunque, por la forma artística de sus escritos, pudieran servir, si no han servido, de modelo á la poesía moderna) de las sublimes obras de los Santos Padres: prescindo también de los poemas y de los Códigos que se escribían en el nombre de Dios omnipotente, al par que se realizaban aquellos otros poemas en acción llamados las Cruzadas, la guerra hispano-árabe de los siete siglos y el descubrimiento de América, gloriosísimos empeños todos, que formaron de consuno las lenguas con que hoy se infiere agravio á dicha Edad y los pueblos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. LYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

31135

y Estados que ya reniegan de sus fundadores.....—Sólo hablaré de dos obras magistrales, esencialmente literaria la una y esencialmente artística la otra: sólo hablaré de un poeta y de un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de la Edad Media, y que parecen el alma de aquellas catedrales góticas donde la piedra se espiritualiza hasta desvanecerse en la idealidad del concepto puro: sólo hablaré de Dante y de Beato Angélico..... ¡Nadie había expresado hasta entonces con la lira ó con el pincel sentimientos tan místicos, tan elevados, tan inmateriales como los de esos dos ascetas de la forma! ¡Nadie los ha expresado después, como no sean algunos genios contemplativos de nuestra patria! Pues bien, señores: no la adoración del Arte, sino la sed de justicia y el amor del Cielo inspiraron aquellas inefables visiones de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciación*, seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito, que bastan á caracterizar las Artes y las Letras de las diez centurias que mediaron entre la caída del Imperio de Occidente y los días del Renacimiento.

¡El *Renacimiento*! — Sabía de antemano que esta fecha crítica de la civilización de Europa, en que precisamente se inició la anarquía filosófica y artística que nos ha traído á la orfandad, al materialismo y á la miseria,

era otra de las posiciones estratégicas en que podían aguardarme los partidarios de la libertad de pecar de las Musas; pero ya observaríais más atrás que me apercibí á tiempo contra semejante emboscada. Me limitaré, pues, á decir, apoyándome en axiomas anteriormente establecidos, que aquel decantado Renacimiento, independiente en Letras y Artes de los ideales contemporáneos, no tuvo vida propia. Con todo su esplendor y magnificencia externa, que yo no le disputo, fué en sustancia una falsificación de sentimientos ajenos, un anacronismo voluntario, una primavera artificial. Sus flores habían abierto, no al influjo del sol de entonces, sino de las estufas de las Academias. El artista buscaba la forma en su inspiración excavando en las ruinas de los edificios paganos. No se discurría; se calcaba. Dejó de haber modelos vivos: la Antigüedad lo daba todo hecho. Debajo de la túnica de María se vislumbraba el cadáver de Niobe. La Muerte servía de maniquí.— Pues, aun así y todo (¡oh desencanto para los materialistas del Arte!), no hay obra alguna de aquellos tiempos que no abogue en favor de mi tesis. Todas, hasta las más convencionales y académicas, encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. En el primer caso, sus autores habían procedido como artistas: en el segundo, como eruditos. Pero ello es que ni uno solo de

aquellos galvanizadores de ninfas y de dioses, que desnudaron impiamente, por ejemplo, á Moisés y á David, para que rivalizaran con los Apolos y con los Hércules, ó dibujaron los héroes de las Cruzadas sobre el patrón de los de *La Ilíada* y de *La Eneida*, ninguno, digo, dejó de pedir inspiración á la fe propia ó á la extraña para que su engendro no careciese de naturaleza moral. Apelo á todas las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Angel, titanes de aquella revolución, y al Tasso y al Ariosto, que la representan en la Literatura.

¿Y después? ¿Qué ha sido de las Letras? ¿Qué ha sido de las Artes? ¿Han renegado en algún pueblo del ideal generoso que las produjo, para convertirse en idólatras de sí mismo? —Veámoslo rapidísimamente.

De España no tengo que hablar. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesús; de los siervos de María. Aquí no se ha concebido jamás eso de *Arte por el Arte*, sino el Arte por la devoción, el arte por el amor, el arte por los cuidados del alma. Esta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los *Quijotes* de la Historia; es

decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al Cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino también esos Hércules de la caridad que se llaman San Juan de Dios ó D. Miguel de Mañara. Aquí la poesía lírica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, cantores de la muerte y de la inmortalidad, que no concibieron más bien que el que es Bien Sumo. Esta es la tierra clásica del amor desinteresado y de la dificultosa teología para los casos de honra; la tierra de los caballeros y devotos de Calderón, de las nobles mujeres de Lope de Vega y de los desfacedores de agravios del inmortal Cervantes. Aquí todos han escrito creyendo, enseñando, criticando, moralizando, poniendo en lucha el deber y la pasión, la Moral y el deseo, el bien y el mal, para adjudicar el premio á la virtud y someter los apetitos al imperio de la conciencia. Nuestras envidiadas pinturas llevan los nombres de Murillo, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, Juanes, Morales, Claudio Coello....., para quienes el caballete no fué más que un altar en que quemaron la mirra y el incienso de su inspiración.....—El mismo Velázquez, el pintor realista (como se dice ahora), es todo filosofía, todo moralidad, todo devo-

ción, cuando rompe los estrechos límites del retrato ó del encargo.—Y, en punto á escultores, puede decirse que, si por acaso los tuvimos, sólo labraron la piedra ó tallaron la madera para representar á Cristo y á sus Mártires. ¡Nunca fué su empeño hacer un ídolo del cuerpo humano! Antes pusieron todo su afán en espiritualizar la materia.—Hable, sino, el inmortal Alonso Berruguete, cuyas obras nos envidia la Italia de los Ghiberti y Donatello.

Pero me abrumba y me sofoca la multitud de pruebas que acuden á mi imaginación en apoyo de lo evidente, de lo inconcuso. Acabaré, pues, por lo tocante á España, citando de nuevo la obra más admirable del ingenio nacional y también del ingenio humano.—¿Qué es el *Don Quijote*? ¿Qué significa para la Moral esa creación maravillosa, tan venerada en toda la tierra? ¿Es meramente, como algunos dicen, una sátira contra los libros de Caballerías, que Cervantes consideraba dañosos á las buenas costumbres, y acaso, acaso, una caricatura del espíritu aventurero de los políticos españoles, personificados en Alonso Quijada? ¡Pues ya tenemos aquí el *fin útil* de la grande obra!—¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoísmo, contra la injusticia, contra la ingratitud, contra la grosería del vulgo alto y bajo, y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos

generosos paladines que se aventuran á luchar y sufrir por el prójimo?—¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué desagravio de la Moral! ¡Qué alegoría tan bella y tan consoladora! ¡Cómo se ufana el bueno de padecer persecuciones por la justicia! ¡Cómo bendice el poeta los molinos de viento de sus ilusiones! ¡Cómo se reconcilia el mártir con la Dulcinea de su esperanza! ¡Qué grotesco y odioso ha resultado el materialismo! ¡Qué grande y benemérito aquel noble demente! ¡Cuán excelsa y amable su poesía! ¡Qué vil la prosa de Sancho Panza!

Tal es á mi juicio el sentido, profundamente espiritual, y por lo tanto moral, de las Letras y las Artes españolas; y tal, aunque con diversos caracteres, contemplo la naturaleza íntima de todos los grandes poetas y artistas europeos en el decurso de la Edad Moderna.—Miremos, si no, de pasada las dos ó tres figuras que, como soberanas cumbres, descuellan sobre las demás; y terminemos, que ya es hora.

A la parte de Inglaterra vemos asomar la noble frente de Shakespeare, coronada de inmarcesibles lauros. Nadie le niega ya á ese gigante el título de «el más grande dramaturgo del universo». ¿Y qué fué en puridad? ¿Un artista de la forma? ¿Una especie de mecánico, ó escenógrafo, que disponía arbitrariamente lo que hoy suele llamarse *Cuadros vivos*, sacrificando la verdad al simple efecto y buscando á